

La izquierda en el Río de la Plata:
una mirada desde el sistema político.

Susana Mallo

Departamento de Sociología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de la República - Uruguay.

Chicago
LASA
1998

1) Introducción

América Latina ha experimentado profundos cambios en los últimos veinte años, verificándose transformaciones en sus estructuras económicas, en sus regímenes políticos, en sus tejidos e identidades sociales, y en la propia relación entre el estado y la sociedad. En este marco el ajuste macroeconómico y las transformaciones económicas y sociales, concretamente la liberación de los mercados; la reducción del gasto fiscal y la privatización de las empresas públicas cayeron en la casi total imprevisión. Por otra parte la globalización de los circuitos comerciales y financieros, los procesos de integración en marcha y el avance tecnológico a una velocidad descontrolada han llevado a un proceso creciente de segmentación social. En este marco se sitúan los sectores denominados de izquierda o centro izquierda, donde se observa un asombroso crecimiento en varias áreas de nuestro continente, pero muy especialmente en los países que nos ocupan, Argentina y Uruguay, donde si bien han alentado bagajes históricos diferenciales se han transformado en actores de referencia.

Los cambios experimentados por los actores sociales, están sin duda vinculados a las enormes transformaciones de los espacios productivos, científico-tecnológicos y geopolíticos, como así también las nuevas relaciones humanas con la naturaleza, los hábitos morales y las relaciones sociales cotidianas, que han sufrido un vuelco de características casi imprevisibles.

El capitalismo de fin de siglo que ha mundializado la economía ha planteado problemas inéditos en los ámbitos societales. Este modelo no implica sólo un programa económico o político, es mucho más abarcativo y apunta a las esferas de lo moral y lo cultural. El mercado se plantea asimismo como una forma de organización económica excluyente y exclusiva. Afirma Josep Borrell: “El mercado es percibido como seres animados, como personas,”; esta mirada tiene como correlato en el ámbito político una forma de organización de la legitimidad -la democracia representativa,- pero también la primacía de valores caracterizados por la expropiación del ámbito público, y la priorización de la vida privada.

El mundo del ciudadano se fragmenta, y los espacios de solidaridad e igualdad, elemento central en el pensamiento de Bobbio pierden vigencia. A este diagnóstico de un mercado y una cultura globalizada, se corresponde la aparición en escena de la exclusión y la marginación. En este proceso la dualización de la sociedad Latinoamericana es significativa y penetra más hondo

en el entramado social, colocando a contingentes humanos en zonas cada vez más alejadas de cualquier estatuto de ciudadanía.

La conmoción que ha afectado a la condición salarial: el desempleo masivo y la precarización de las situaciones de trabajo, a lo que se suma la inadecuación de los sistemas clásicos de estratificación social han producido un nuevo sujeto social, el “desafiliado” que al decir de Castel está imposibilitado de procurarse un lugar estable en las formas dominantes de organización del trabajo y en los modos conocidos de pertenencia comunitaria.

Cuando la crisis de los 80’ estalló en nuestro continente, se encontró con Estados desfinanciados, todavía patrimonialistas, que habían iniciado un proceso de modernización concentrada. Los desafíos que enfrentó ese período estuvieron signado por el impacto del fin de una época basada en el modelo de acumulación ya agotado y en el inicio de la revalorización de la democracia representativa. Las estrategias basadas en el Estado-Nación y las coaliciones nacional-popular que caracterizaron los modelos de desarrollo y hegemonía anteriores colapsaron.

También, los tres basamentos de la modernidad, el crecimiento económico, la participación ciudadana y la solidaridad social están cuestionados, este dato duro de la realidad confronta con la virtualidad de un proyecto de izquierda que no invalide, sino lo contrario, la necesidad de un proyecto refundacional de la sociedad. Se trata de establecer como ha dicho Bobbio las nuevas fronteras de la izquierda a la que define como una izquierda de derechos; basada en: libertad, democracia pluralista, autogobierno y descentralización, control y dominio de las tecnologías, solidaridad, supremacía de la ley y resolución de los conflictos a través de las negociaciones. A este proyecto de la izquierda Guiddens agrega en su Teoría de la estructuración los tres problemas que deberá enfrentar con el mayor rigor la sociedad del Siglo XXI: la ecología, la distancia creciente entre Norte y Sur, el vacío ético derivado de los crecientes procesos de individualismo extremo que deteriora las relaciones entre los hombres.

Sin embargo, es significativo que ante la pérdida creciente del sentido holístico de la historia, exista un proceso de revalorización de la sociedad civil, y el redescubrimiento de los valores de una comunidad abierta, activa y creadora. Esa recuperación de la sociedad fue el elemento movilizador contra los desbordes del Estado y la economía durante el periodo autoritario.

Cómo pensar la sociedad desde lo público fue y será uno de los desafíos que deberá

enfrentar la izquierda en los próximos años. Hannah Arendt ha rastreado el concepto entre lo público y lo privado. La autora define la esfera de lo público y lo remite a la polis; el espacio del ciudadano libre de la comunidad política. Espacio separado del oikos, lugar de la vida doméstica familiar, privada, en donde cada uno posee lo propio. Este espacio se definía por la necesidad, por la desigualdad, mientras lo público era la libertad y el reconocimiento de la igualdad. Pareciera necesario en los procesos de asentamiento de la democracia la creación de un espacio público novedoso, con actores participantes y con acuerdos establecidos.

Sin duda las concepciones neoliberales exasperaron este proceso de la vida privada y la expropiación del espacio público, banalizando los productos culturales “que ofrecen la industria del entretenimiento, los objetos culturales cuyo valor se mide por su capacidad de soportar el peso vital y convertirse en elementos permanentes del mundo, son valores que están allí para ser usados e intercambiados: son bienes de consumo que tienen que ser agotados como cualquier otro objeto de consumo”.¹ afirma la autora.

La tarea de la izquierda en este contexto, pareciera la de impugnar la ética política que prioriza tanto la primacía del mercado como la del estado, proponiendo la indagación sobre tipos de sociedad que puedan servir para que la justicia y el mercado puedan reconciliarse.

¿Pero se agota en esto la propuesta de un proyecto de izquierda? ¿Cómo instalar un debate sobre las reformas que puedan sustentar una nueva práctica política de las masas? El discurso clásico de la izquierda no tiene la solución a la crisis, sino que forma parte de ella y por lo tanto debe ser reformulado (Nun 1989, Portantiero, 1996). Muchos de los valores constitutivos de ésta, tales como el rol del Estado como generador de políticas transformadoras han perdido vigencia. También ha caducado el discurso “populista “ y “dependentista” que enfatizaba la independencia de la Nación. Así como los valores proteccionistas de los procesos de industrialización de los años 50 y 60. Esto no significa abdicar ante las recetas del neoliberalismo, sino mostrar que se pueden realizar procesos de reconversión que supongan una nueva relación entre estado y capitalismo, que destruya la perversa asociación en América Latina entre un Estado

¹ Arendt, Hannah “Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política”. Barcelona, Península 1996, pag. 217 y siguientes

patrimonialista y un capitalismo prebendatario que ha privatizado riquezas extraordinarias y que también ha socializado enormes pérdidas.

El segundo punto es el rescate en la izquierda de la democracia formal, no como sinónimo de engaño, ilusión, apariencia, sino formal como sistemas de reglas y en tanto tal, como valor a conservar de la modernidad. Esta democracia significa la codificación de un sistema de reglas de un Estado de derecho y de esta formalidad depende la capacidad misma del sistema de adaptarse y perdurar. Pero sin duda el sentido de una sociedad no está dado únicamente por un sistema de reglas, es propiedad de las prácticas sociales mediante las cuales esas reglas se interpreta, se negocian y se aplican. (Nun, 1989)

Frente a propuestas de privatizar al Estado o estatizar la sociedad, habrá que realizar políticas de democratización tanto de uno como de otra. Ámbitos que puedan asegurar una vida colectiva “ativa”, una mayor información, participación y descentralización de las decisiones.

Estos procesos descentralizadores y de toma de decisiones implican la creación de un nuevo modelo cultural, de un nuevo modelo de sentido para la vida colectiva; de una nueva conceptualización de lo público y lo privado, donde lo público debería estar dividido en dos instancias, a) la instancia de lo representativo a que se refiere esta insoslayable democracia formal de la que hablan nuestras constituciones y b) la instancia de las múltiples instancias de democracia directa que tienen que irse gestando (referéndum, plebiscitos, elecciones internas de los partidos, centros barriales, centros comunales, etc.) Esta responsabilidad cuadra sin duda a las formaciones de izquierda o de centro-izquierda quienes tienen la responsabilidad de proteger a los más desvalidos (Castels, 1996), quienes son los que pagan los costos de la reconversión. Esto significa resolver el tema de los déficits fiscales, el gasto social, el empleo, la cuestión tributaria, las nuevas formas de exclusión y la inseguridad social. Sin duda, esto no quiere decir que se le pida a la izquierda una actitud voluntarista, prometéica, de olvido del mercado, pero sí una profundización de la democracia política, no para negar la democracia representativa del estado de derecho, sino para ampliarla. En este mismo sentido se hace necesario desarrollar formas crecientes de consolidación del gobierno representativo que deben combinarse rapidez, con “modos” de representación que son imprescindibles en sociedades complejas y diferenciadas y a las cuales será necesario desarrollar en el futuro, con el mayor contenido posible de autenticidad,

democratización de los partidos políticos, de los sindicatos, control de responsabilidad de los dirigentes, transparencia financiera de las organizaciones, etc.

Es función de mayor importancia para la izquierda el tema de la relación entre liberalismo político y democracia social, para un discurso que supere la tradicional cultura política del populismo de izquierda.

La descomposición del antiguo modelo genera dispersión social que se manifiestan en “producir desigualdades sociales, económicas tan grandes que provocan graves violaciones de la igualdad política y, por lo tanto, del proceso democrático.(Dahl 1985.), y que produce manifestaciones de apatía política, anomia social, privatización de la vida, o pérdida de sentido que se verifica en una visible violencia inorgánica.

Es este vacío de los ámbitos públicos, lo que provoca el desdibujamiento de los límites de la política, el declive del hombre público, esto no implica, empero, su eliminación, más bien tiene lugar una reestructuración de lo público. El desarrollo de un nuevo entramado social de un creciente imbricamiento de lo público y lo privado a lo que se suman tareas tan diversas y urgentes como la defensa del consumidor y usuario mediante instancias de supervisión pública, la incorporación de capitales privados a las políticas públicas de educación, salud y seguridad.(Lechner, 1995).

La reconstrucción de un “actor socializado”, es la condición de posibilidad de un nuevo discurso político de izquierda. Sin duda esta afirmación nos conduce a la calidad del partido, partidos o coaliciones que se asuman como un sistema de autoridad democrático. Aceptando esta perspectiva, Touraine, sostiene que la única manera de evitar el estallido de la sociedad contemporánea, es reconocer que la modernidad no se funda por entero en la racionalización que “en la modernidad que se definía desde sus orígenes por la separación -pero también por la complementariedad-” de la razón y el sujeto, más precisamente de la racionalización y la subjetivación.”². Es -entonces- un actor comprometido como individuo en sociedad.

De cómo construir una izquierda renovada, donde sus logros sean que los sectores populares no se disgreguen y que esto no conduzca a un nuevo mesianismo,

como respuesta a las demandas fragmentadas, es el desafío de la izquierda en los próximos años.

² Touraine.A. Crítica de la Modernidad. Bs.As. FCE. 1994. pag.365

El objetivo de esta ponencia es analizar las trayectorias constitutivas, políticas e institucionales de los partidos de izquierda en Argentina y Uruguay, señalando diferencias y similitudes en a) las formas socio históricas de los años 70 a nuestros días, b) observar los desarrollos en las sociedades la noción de institucionalización de los liderazgos y de las nuevas prácticas políticas para c) analizar en clave prospectiva el destino final de la izquierda en ambos países.

2) Argentina: lo que el populismo se llevó.

Las opciones tradicionales de la izquierda en Argentina (Partido Socialista, Partido Comunista) fueron sacudidas por el fenómeno populista, la irrupción de Perón en la escena política a mediados de los años 40, terminó con una izquierda tradicional, autoidentificada con la clase obrera. Diversas caracterizaciones de populismo coinciden en señalar (sólo como rasgo primario) el liderazgo carismático de Perón y su capacidad aglutinadora. La relación líder-movimiento obrero estuvo signada por el respaldo incondicional de éstos a la política gubernamental. Esto tuvo como resultado que cada vez que el peronismo contó con el poder estatal, controló férreamente el sindicalismo. De alguna forma no pensar esto supondría aceptar que el Peronismo pudo admitir en su seno una corriente de izquierda social e ideológica. Por el contrario todo apuntó a que Perón simbolizase la izquierda y la derecha en su figura. La comprensión de esta situación determinó toda la operatoria política: mientras el peronismo de izquierda tuvo un destinatario multitudinario, el peronismo de derecha sólo contó con los aparatos, y éstos fueron fundamentales en su accionar. De alguna forma esto explicaría los desplazamientos sociales que se iniciaron en 1971, para culminar en las elecciones del 11 de marzo de 1973. Sintetizando queremos afirmar que prácticamente desde su nacimiento el Peronismo cobijó bajo su ala derecha-izquierda por lo cual oficialismo y oposición convivieron más o menos dramáticamente en su seno.

El tercer período gubernamental peronista se inició sobre la base de un frente popular entretejido con una limitada participación obrera, la irrupción en la base social de la organización los sectores denominados “juventud peronista”, los sectores

radicalizados, y la policroma habilidad de la CGE. Las Fuerzas Armadas principio y fin de la historia de este Siglo habían sido momentáneamente dejadas de lado.

El equilibrio bonapartista se rompió definitivamente, toda la pugna interna de bloques de clases dominantes se resolvió ahora en torno a un sólo punto: la hegemonía interna. A modo confirmatorio de esta hipótesis el 20 de junio de 1973 la lucha desatada en Ezeiza es un claro ejemplo del proceso de fragmentación del peronismo, dos millones de personas convocadas para festejar el regreso definitivo de Perón finalizó en una masacre. Fue evidente la imposibilidad de la pequeña burguesía jacobina de transformar la dirección sindical y desburocratizar un aparato históricamente montado en luchas, prebendas y poder.

El 11 de setiembre, mientras Salvador Allende moría en el Palacio de la Moneda el FREJULI barrió en los comicios con el 62% de los votos. Los sectores juveniles “marcaban votos” en la fórmula Perón-Perón recogiendo 850.000 votos; uno de cada nueve argentinos había votado una “opción de izquierda”.

La muerte de Perón significó la ruptura del frente popular y “el pacto social” estalló, el programa Peronista fue destrozado. Las Fuerzas Armadas imbuidas de la ideología de “la Seguridad Nacional”, de la idea del “enemigo interno” rompieron una vez más el 24 de marzo de 1976 la legalidad institucional. La violencia de la política de Estado instaló prácticas inéditas en el país.

Tres elementos constitutivos caracterizaron este estado burocrático-autoritario. La exclusión coactiva del sector popular, y la prohibición de organizaciones sindicales, políticas y sociales. Un segundo rasgo fue la inexistencia o subsistencia parcial exclusivamente formal de las instituciones de democracia liberal y el tercer punto la concentración de las decisiones políticas en espacios cupulares reducidos a las jerarquías militares y las corporaciones de los grandes grupos económicos. (Serna, 1998).

La indagación sobre el proceso de transición reconoce varias vertientes, sin embargo uno de los criterios resulta ser la identificación de los actores que conducen la transición de acuerdo a su carácter de elite o de masa, apuntando esta afirmación se afirma que, “parte del supuesto que los procesos de transición son momentos en que la carencia de reglas concede primacía a la

interacción de los actores, es la estrategia de los actores, que puede distinguirse según esté basada en el compromiso o la fuerza”³.

La apertura en Argentina estuvo al inicio marcada por estrategias contradictorias. Si hasta julio de 1981 el signo de determinación de las relaciones fue la fuerza, la grotesca aventura de las Malvinas de Abril de 1982 transformó el escenario, lo que desembocó en un “compromiso” de los militares con sectores políticos y sociales.

La construcción de una agenda de transición democrática se realizó sin ningún condicionamiento militar, quienes en ese momento habían perdido toda capacidad de iniciativa y respuesta a la creciente demanda de la sociedad civil, donde las organizaciones de Derechos Humanos jugaron un rol fundamental. Sin duda fueron estas estructuras donde coexistieron familiares de desaparecidos, militantes de izquierda y sectores progresistas, el reducto de la defensa de la democracia y el estado de derecho. La constante prédica nacional e internacional fue lo que permitió cierto aislacionismo de la dictadura y la repulsa de los países en democracia. En esta ardua tarea fue de donde surgieron figuras fundamentales en la configuración de un nuevo espacio de izquierda, a guisa de ejemplo la figura de Graciela Fernández Meijide.

La salida democrática significó el triunfo del Partido Radical, historia inédita en el país donde el Peronismo tenía una trayectoria de triunfos. Se defendió la democracia, las libertades, contra el autoritarismo de los sectores más tradicionales del peronismo, en este caso encarnados en el sindicalismo, quien concentró las áreas de poder partidario.

El año 1983 es un hito que marca un cambio en la historia política Argentina. No solamente se inició el período de más larga duración democrática como no había ocurrido desde 1930, sino también una transformación en la cultura política y en los alineamientos sociales de los ciudadanos.

La derrota del peronismo después de cuatro décadas de centralidad dominante en la arena política, desde las más diversas situaciones -concurriendo abiertamente, semiproscrito, o convocando al voto en blanco- marca un punto de inflexión en las lealtades partidarias y en las conductas de los votantes. Entre los duros aprendizajes que dejó la dictadura encontramos un profundo pánico a las formas autoritarias tradicionales en el peronismo ortodoxo, y la necesidad

³ Munck, Gerardo. “La desagregación del régimen político: problemas conceptuales en el estudio de la democratización” Rev. Ágora Año 3, No.5, invierno 1996, pag. 211

de una reivindicación del concepto de democracia. Nadie como Alfonsín encarnó esa dimensión, de nuevos valores y expectativas de recuperación ética.

3) Las ambigüedades del gobernante

La habilidad política de Raúl Alfonsín estribó en sintetizar la matriz intransigente tradicional del radicalismo con la praxis transaccional, absorbente y convocante que también nutrió -negativamente casi siempre la identidad radical. La coalición alfonsinista del 83 con vocación policlasista, estructuró un discurso sobre la consuetudinaria censura de los circuitos en la Argentina: el político-institucional y el corporativo. Muchos han creído encontrar la llave del éxito electoral en la fuerte prédica anticorporativista y en la ubicación certera de la dicotomía democracia-autoritarismo.⁴

Para una sociedad en crisis política, la receta fue la interpelación ciudadana y el tono liberal democrático asumido desde un narcisismo partidista: “por lo pronto, los argentinos comenzaron a valorar de otro modo la democracia, un sistema político que vastos sectores de nuestra sociedad habían aprendido a encarar con desconfianza y hasta con cierto desprecio en el pasado... Durante todo el período del Proceso los radicales habíamos trabajado muy dura y sacrificadamente por la restauración de la libertad, nos habíamos acreditado como indudables defensores de la democracia y de los derechos humanos”. Frente a un peronismo autoritario, “atrapado en una imagen de crónica turbulencia”, se alzaron la democracia, la paz y la unidad nacional. Otro mérito indudable de Raúl Alfonsín: diagnosticar la magnitud de la crisis política argentina e interpretar la perpleja necesidad de su conciencia colectiva.

Pero el discurso radical debió contonearse con otras identificaciones, puesto que la crisis no era asimilable a una dimensión estrictamente política. Las raíces movimientistas y populares, junto con los desprendimientos simbólicos social-demócratas, se integraron al crisol de recursos discursivos esbozados por Alfonsín a los efectos de atrapar las expectativas de la sociedad argentina. La aleación transformista entre liberalismo y democracia fue inédita en la vida política argentina; con los sectores dominantes tradicionales severamente deteriorados en su capacidad

⁴ Giussani, Pablo. “¿Por qué, doctor Alfonsín? Conversaciones con Pablo Giussani”, Sudamericana-Planeta, Buenos Aires, pag.95.

dirigente. La coincidencia parece sugerente; el radicalismo democrático y el anticorporativismo de Alfonsín resultaron eficaces para ganar las elecciones, pero no para gobernar. La ambigüedad discursiva del radicalismo, con sus identificaciones totalizadoras, obligó a una conjugación paralela de liberalismo y democracia, sin medir fuerzas y casi como una acción de voluntarismo ideológico, mesiánico, indefectiblemente personalista. Ajustes y oposición política y social; nuevos reajustes -a veces con diagnósticos profundos y lúcidos- y nueva oposición. Hubo autoconvencimiento y formulación abstracta: “la democracia, para existir, requiere un compromiso un compromiso fundamental que fije entre nosotros comunes denominadores y que en función de éstos limite la competencia política. Democracia significa, desde luego, diversidad y competencia a partir de esta diversidad; pero implica también una ética de la solidaridad que esté más allá de las diferencias y que incluso prevalezca sobre éstas en determinadas circunstancias.”⁵

Pero la vida política es además particularismo y conflictividad, luchas y alianzas, retribuciones y castigos, en fin incertidumbre, como para pretender una confrontación generalizada y una renovación casi metafísica sin apoyos específicos ni sustentos vigorosos. La crisis socio-política argentina jaqueó, una y otra vez, a la frágil democracia, aunque paradójicamente por su propia hondura y por la propia dispersión hegemónica, también la preservó.

Mientras tanto, el escenario gubernamental opacó al escenario partidario. Más allá de la disciplina parlamentaria, se le ha reprochado a la UCR durante este período escasa capacidad de movilización y estructuras anquilosadas. Y más aún: autorreferirse como un partido de centro (vinculado al país y a la Nación), “en situación en que es difícil estar en el centro”. Vuelco tecnocrático, disputa entre elencos, ausencia de intelectuales orgánicos, verticalismo presidencial en el marco de la toma de decisiones; junto con la separación creciente entre gobierno y partido, dentro de éste se consolidan ciertos liderazgos supletorios, reflatándose viejas corrientes partidarias que operan, ahora, en grietas del muro alfonsinista.

A partir de un sistema de intereses -como toda realidad partidaria- la política argentina procuró imponer un sistema de solidaridad (en nombre del cual “es posible pedir y realizar una acción individual que identifique sus fines con los de otros individuos”) creando, dicho en términos de Pizzorno, áreas de igualdad. Pero estas últimas sólo tuvieron encarnación discursiva y

⁵ ob. cit.pág. 32

empeño individual que se distingue de otros al pretender “mejorar su posición relativa respecto de ellos”. La UCR tampoco pudo escapar a este vaivén, en primer lugar por una razón histórica: “tomando en cuenta su conformación histórica, ni el partido radical ni el justicialista, más allá de sus diferencias, reconocen orígenes sustentados en la constitución de áreas de igualdad en la base y proyección “hacia arriba” de desarrollos organizativos democráticos. Pero en segundo lugar, por una razón de supervivencia y de perpetuación. El gobierno de Alfonsín despertó expectativas que no pudo finalmente satisfacer. La UCR debió purgar durante un lustro sus “contradicciones congénitas”, tramitando nuevos conflictos y autoasignándose un plano de racionalidad competitiva.

4) El Menemato: nuevo populismo

El triunfo del Partido Justicialista y la asunción del mando por parte de Carlos Menem, se realizó cabalgando sobre la hiperinflación y la fase terminal de una crisis que llevaba ya treinta años de duración. Afectando gravemente no solo la economía sino al propio estado debido al debilitamiento de la figura presidencial, el desorden administrativo y una creciente masa empobrecida dispersa y heterogénea.

Al estilo pluralista del gobierno anterior el nuevo presidente impuso su figura como representación simbólica de una manera de hacer política, lo cierto es que el personalismo y el ejecutivismo que Menem exacerbó y modificó. De alguna manera tampoco son ajenos a la tradición populista. El cambio de tono, contenido y forma del discurso presidencial fue rápido, ante la imposibilidad de integrar intereses sectoriales su decisión política recayó sobre los “poderes fácticos” a quienes otorgó todo tipo de concesiones.

Desde una primera etapa de posiciones de debilidad logró en el corto plazo presentar sus decisiones como nacidas exclusivamente de su voluntad, nunca de pactos o compromisos. Lo que al inicio fueron simulacros de autoridad y decisión se fueron transformando crecientemente en actos fundadores del liderazgo. Históricamente el modelo populista de representación había consistido en la identificación de la acción del líder con la voluntad popular, así Menem intentó con creciente éxito encarnar dicha representación y borrar toda manifestación de disidencia interna. También logró opacar a la oposición la cual fue automáticamente descalificada. De esta

forma sostiene (Novaro, 1994), para el presidente toda palabra empeñada, toda promesa, pasó a un segundo plano y fue olvidada, lo que permitió la encarnación por parte del líder de un principio único de legitimidad para juzgar la representación: el bien común. Así Menem concentró en su figura la capacidad y la confianza en la toma de decisiones, lo que habría de imprimir un cariz marcadamente personalista a la gestión pública y a la dinámica partidaria, en una continuidad obvia con respecto del pasado.

Es posible caracterizar estas formas políticas como “democracias híbridas” (Malloy, 1990), en la medida en que esta se define como un procedimiento de elección y sustitución de gobernantes, pero que en lo tocante a los procesos de toma de decisiones y producción de políticas están concentradas en la decisión del líder. Así lo público y lo privado se condensa en la figura del representante que hace que su vida privada, sus amigos y familiares se transformen en cuestiones de Estado.

En poco tiempo, el presidente logró objetivos que parecían imposibles hasta ese momento, puso en marcha un duro plan de ajuste que involucraba la reducción del empleo público y la privatización de empresas estatales, al mismo tiempo desactivó las demandas sindicales y sociales a la vez. También indultó a los militares y a fines de 1990 reprimió eficazmente la última asonada militar.

Controlada la inflación, desactivada la conflictividad militar y sindical, Menem logró recomponer la autoridad perdida con una orientación ideológica y apoyos extra-partidarios que en otros casos hubiera provocado un generalizado rechazo, porque lo cierto es que los contextos de crisis son altamente propicios para gestiones gubernamentales de fuerte concentración de poder. Así ante cada crisis, sobre todo de tipo económico, los decretos de emergencia, de urgencia fueron reiteradamente usados por el presidente relegando al Poder Legislativo en sus funciones elementales. En este sentido algunos autores denominaron a este régimen como una suerte de neopopulismo afirmando que a diferencia de los populismos tradicionales que movilizaron a las masas, este sólo movilizó imágenes, no integrando a los grupos de intereses a un Partido ya en movimiento ni promoviendo la igualación sino se diría casi lo contrario. Lo que es real es que este fenómeno político encierra por lo menos hasta ahora grandes contradicciones, al no existir y no comprometerse en el desarrollo de una cultura cívica y que el clima de crisis afecto de manera muy desigualitaria a los distintos grupos sociales, se logró conjuntar a través de estos fenómenos

sectores de clase divergentes. Sin duda fueron los grandes grupos económicos los beneficiarios de ésta política, acentuándose la marginación de los sectores populares, lo que produjo crecientes formas de desigualdad social.

El presidente es líder -representante que re-personaliza la política, lo que conlleva la amenaza permanente de que dicho líder se convierta en la materia misma de la representación, en la encarnación del bien común. Así Menem ha impulsado una modalidad de acción y una cultura política que tiene como basamento “el éxito, los resultados concretos de Argentina en el primer mundo”, con lo cual su autoridad se legitima al ser insustituible.

Sin duda, mucho de los cambios que se han realizado en Argentina son irreversibles y no puramente coyunturales, las reformas en lo económico, la estabilidad sin inflación, son parte exitosa de la denominada “revolución conservadora” del presidente, los cambios en las identidades tradicionales, y el creciente descontento o “malestar” son parte también de la realidad.

Lo cierto es que este proceso contó con el incondicional apoyo del Partido, que en los años de exilio del poder logró reacondicionar y recomponer sus deteriorados lazos. También pudo realizar un profundo proceso de transformación, tanto en su organización interna como en la reconstrucción identitaria, sin que ello implicara una fractura de la antigua coalición populista y la pérdida consecuente de la representatividad social (Novaro, Palermo, 1998).

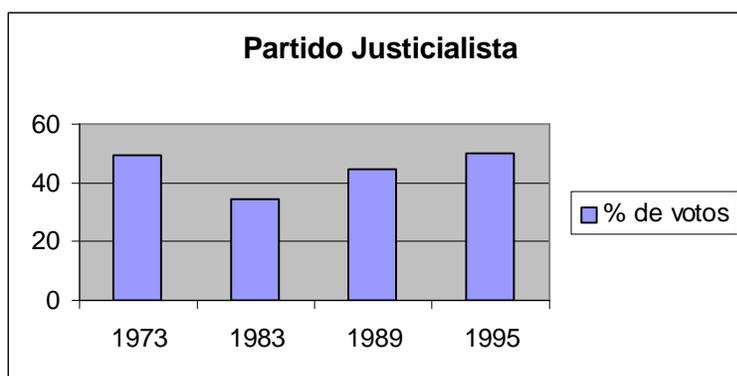
Los éxitos electorales de este período apuntalaron sin duda dicho proceso, el cuadro siguiente muestra la ampliación del electorado peronista.

Cuadro n°1				
Elecciones presidenciales	% votos -1973	% votos -1983	% votos -1989	% votos -1995
Partido Justicialista	49.5	34.47	44.68	49.8
Unión Cívica Radical	21.3	51.8	32.5	16.9

Fuente: Dirección Nacional Electoral. Ministerio del Interior

Obs.: Cálculos realizados sobre el total de votos.

Gráfico n°1



Fuente: Dirección Nacional Electoral. Ministerio del Interior.

Sin duda estos éxitos electorales estuvieron asociados a los resultados económicos, pero también al estricto control del Partido que desde la cúpula mantuvo Menem, logrando a semejanza del PRI, transformarlo en un Partido Estatal, y como tal instrumento de gobierno. Se debe señalar también el rol de agregación de intereses diversos que cumplió el partido, tanto en los sectores altos (burguesía y empresariado) como también en sectores populares de la periferias de las grandes ciudades, además de amplios contingentes del interior del país. Recordemos que el partido Justicialista aumentó su caudal de votos y que salvo tres provincias que permanecieron en manos de la Unión Cívica Radical, todas las demás están siendo gobernadas por representantes del Justicialismo. De alguna manera el Menemismo y su instrumento: el Partido logró una unidad inédita que ni siquiera en vida de Perón se había realizado, esto es, conjuntar y representar en su gobierno las clases altas y las más desprotegidas del país. Lo cierto es que hasta 1995, el avance del justicialismo en los procesos electorales fue continuo.

Cuadro n°2: Elecciones parlamentarias, partidos tradicionales

	1983	1985	1987	1989	1991	1993	1994
PJ	38.47	34.60	41.46	44.60	40.40	42.30	37.30
UCR	47.39	43.20	67.24	28.90	29.10	30.00	19.80
	85.86	77.80	78.70	73.50	69.50	72.30	57.10

Fuente: Dirección Nacional Electoral. Ministerio del Interior.

Asimismo se debe señalar, que el Partido Justicialista logró importantes niveles de institucionalización pese al déficit de implementación de un proyecto auténticamente democrático.

Sin embargo, paradójicamente, durante estos años se ha conformado una opinión pública cuyo comportamiento no está determinado por identidades y lazos de pertenencia partidaria, sino por la creencia en la capacidad transformadora de los partidos y sus líderes. Esto explicaría las nuevas formas políticas existentes actualmente.

5) La izquierda refundacional.

La izquierda sufrió todas las consecuencias de haber sido una minoría sin arraigo popular. Como consecuencia de ello, fue peronista-antiperonista; estalinista-aniestalinista; participó en los grupos armados, repudió los grupos armados. Cierta “esquizofrenia” le impidió construirse como alternativa política viable. Esta larga historia de desencuentros pareciera que comenzó a finalizar en 1991.

La necesidad de articular una alternativa al proyecto Menemista, empujó a sectores de izquierda y de centroizquierda a confluir en un proyecto de corte opositoras sectores disidentes del peronismo a los cuales se los denominó “los ocho” por ser este el número de diputados que se opusieron, en primera instancia, al proyecto privatizador de Menem y al indulto de los militares. Estos se transformaron en un polo convocante que posibilitó el nucleamiento de sectores que se habían quedado sin representación partidaria ante su oposición al proyecto de gobierno. La mayoría de estos grupos estaban, además, distanciándose de las estructuras partidarias o agrupaciones en las que habían actuado hasta ese momento, así sectores de la Democracia Cristiana, la Asamblea de los Derechos Humanos, el Partido Intransigente, y algunos representantes del Partido Comunista convergieron en lo que se llamó “Frente Popular”. Dichos sectores tuvieron un principio de unidad que fue su crítica al proyecto económico de Gobierno, sin embargo, durante los primeros años no supieron construir un discurso diferenciador de la izquierda clásica. Esto explicó los magros resultados de las elecciones de 1991 donde el Frente Popular obtuvo sólo el 1% de los votos y el FREDEJUSO, el 3,5%, esto permitió el acceso sólo a una banca del Consejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires.

Contra todo lo pronosticado no se había producido la deserción popular esperada en las filas peronistas, pero se notó la receptividad de un cierto elenco progresista o independiente que comenzó a realizar un reclamo genérico de tipo republicano y democrático, dicho reclamo se

asociaba a las crecientes denuncias de corrupción, reclamo de justicia y abuso de poder del Menemismo.

A partir de esta nueva identificación de los problemas, se modificó la estrategia anterior, esto significó mejor organización, mejores candidatos y una clarificación del discurso que pasó a tener nuevos referentes lejos de las tradicionales imágenes tanto peronistas como de la izquierda declamativa. Las elecciones a Senador por capital Federal en junio de 1992, momento en el que se conformó el Frente del Sur, agrupación integrada por el Frente Popular, el PC y otros grupos, llevó como candidato a Fernando Solanas, también disidente justicialista, y en estas elecciones se obtuvo el 7,4%.

Todo el año 1992 fue intenso en la discusión y articulación de nuevos discursos, y se hizo explícita la necesidad de buscar “una nueva orientación”, esta se resignificó en la propuesta de Carlos “Chacho” Alvarez, quien fue abandonando la protesta antireformista, para afirmar que “la estabilidad es algo que la gente rescata como importante, y que nosotros no podemos despreciar. Sobre todo porque nos permite dejar de discutir sobre ella, que es lo que nos ha llevado a no salir del liberalismo. Aún esta estabilidad con injusticia social es mejor que la inestabilidad” “La Nación”(26. 9. 93)

Las elecciones legislativas de 1993 con la unidad del Frente del Sur y distintos sectores transformados en “Frente Grande” logró 3 diputados. Sin embargo, el verdadero salto cualitativo se logró luego del “Pacto de Olivos” entre Menem y Alfonsín (noviembre de 1993) en el que se acordó la reforma Constitucional que habilitó la reelección presidencial. Con este acuerdo el Radicalismo perdió su tradicional papel opositor agravando aún más su crisis interna.

En abril de 1994 el Frente Grande se impuso en las elecciones a convencionales Constituyentes, en capital Federal obtuvo el 36% de los votos encabezando la lista Chacho Alvarez. Debemos de notar que el origen de los votantes provino de los sectores medios, que hasta entonces apoyaban al Partido Radical. Los ejes de la campaña del Frente Grande fueron mucho más aglutinantes, sobre todo en tres temas que habían sensibilizado a la población; la corrupción, la crisis de la Justicia, y la Educación Pública. Asimismo se señaló enfáticamente el significado de la perpetuación en el poder de la estructura menemista que podía significar el triunfo de la reforma. A este discurso se sumaba el señalamiento de la creciente pérdida de valores éticos y republicanos. Pero las transformaciones no se redujeron solo al discurso, también se

cambió la estrategia comunicativa. Se buscó establecer un contacto face to face entre los candidatos y los electores, en algunos casos recreando viejas fórmulas (las famosas caravanas de Menem) pero también inventando nuevas fórmulas como las recorridas en los colectivos de línea. Pero, sin duda, fueron los medios de comunicación masiva los que mayor trascendencia tuvieron en la difusión de las propuestas y también de las imágenes. El Frente Grande tuvo la capacidad de sintetizar su propuesta en un breve slogan “la estabilidad con crecimiento y justicia”.

Cuadro n° 3: Resultados electorales parlamentarias y Cant .		%
presidenciales en la capital federal		
1991 Frente Grande	69622	3.73
1991 Unidad Socialista	119380	6.39
1993 Frente Grande	263314	13.65
1993 Unidad Socialista	109552	5.68
1995 Frepaso (Frente Grande + Unión Socialista)	683196	34.72
1997 Alianza Trabajo, Justicia y Educación (UCR+Frepaso)	1090843	56.80

Fuente: De Luca, Miguel; Jones, Mark y Tula, Maria Ines. "La ciudad de Bs. As. Política y Gobierno en su último medio siglo." Mimeo. 1998.

Sin embargo, los conflictos latentes durante todo este período hicieron eclosión y la pugna entre Solanas y Alvarez desnudaron dos proyectos en pugna, mientras que el primero representaba las críticas más duras al proyecto Menemista “la entrega del patrimonio nacional” y la vuelta de los procesos de privatización; el segundo reivindicaba los valores liberal-democráticos, como la transparencia y la sujeción a la ley.

Esta discusión es la prolongación de la que ya se había iniciado en la década de los 60 y se prolongaba a lo largo del tiempo con cambios en su composición y estructura. Alvarez y el sector que él lideraba “expresaría una apropiación y reelaboración de la trayectoria política y cultural iniciada en los 80, en un contexto en que la denuncia de la corrupción, la concentración del poder, el patrimonialismo con el que el Menemismo se desenvuelve en el Peronismo, en el gobierno y en las instituciones será sumamente eficaz” (Novaro, Palermo 1998).

Lo cierto es que esta discusión permeó también otros ámbitos tales como el sindical y demás organizaciones intermedias que con mayor o menor intensidad venían participando del Frente. Es así que comenzaron a dilucidarse los ámbitos de discusión y tanto la Confederación de Trabajadores opositora, la CTA, como algunas organizaciones tomaron posición ante las

diferencias programáticas de los candidatos y finalmente Solana con alguno de ellos abandonó el Frente. Sin embargo, pese a lo previsto no hubo una gran conmoción y las bases y organizaciones más representativas permanecieron en la organización. Es de señalar que las preocupaciones del Frente Grande en este período se centraron en las cuestiones institucionales y éticas, más que en su rechazo a las reformas o al programa de estabilización.

La rediscusión de la izquierda permitió al Frente Grande desplegar una nueva estrategia, donde convergieron distintos sectores y en este proceso refundacional se conformó lo que se llamó FREPASO (Frente del País Solidario) a la que se incorporaron sectores neoperonistas, sectores independientes y disidentes radicales. Lo cierto es que algunos problemas del Frente persistieron tales como la falta de institucionalidad interna, y sobre todo la discusión sobre las posibilidades de crecimiento electoral, ante el supuesto agotamiento de los Partidos tradicionales. La estructura del FREPASO, sin embargo, permitió aglutinar diversos sectores que ampliaron sus “referencias”. El discurso de centroizquierda comenzó a cargarse de significados identitarios y políticos, éste tuvo como eje estructurador la posibilidad de conciliar efectivamente un proceso de modernización económica con democracia ampliada que era definida en términos de una mayor equidad e integración social. Los dirigentes frentistas comenzaron a diseñar lo que Novaro y Palermo denominan “un Republicanismo Social Modernizador”, este perfil tuvo y tiene como ejes el equilibrio de poderes, la autonomía del poder judicial y la recuperación de una moral cívica y social. Sin duda esto rompía con la tradición de la izquierda criolla que desde la mitad del siglo se había caracterizado por una política “redencionista”, como conductora y guía de una sociedad corrupta y extraviada. Esto había significado una actitud fuertemente reduccionista frente al proceso de modernización, donde la lógica del capitalismo solo se definió como mercantilismo y alienación, ignorando los avances morales y legales que produjo la modernidad.(Nun 1989)

Las elecciones para la Convención Constituyente fueron muy importantes para el FREPASO, logró el 36% de los votos. Dicha Convención Constituyente que funcionó entre mayo y agosto de 1994 fue la prueba de fuego superada ampliamente por la coalición de izquierda. Tuvo todos los méritos de un contacto fluido de un discurso horizontal y moderno, entre los líderes y sus bases. Lo real es que este aumento electoral recogía “ el voto castigo” de los sectores medios, en su rechazo a la política tradicional y a los políticos, pero sin duda éstos eran los menos dinámicos y de menor incidencia en la construcción política del FREPASO, dicho de otro modo

se percibió que los “críticos de la política” se inclinaron por el MODIN (grupo de militares y sectores de derecha) que representó a las clases sociales más desestructuradas en ese momento. Es de señalar que los votos hacia la centroizquierda provinieron de sectores radicales más principistas y preocupados de la cuestión institucional y ética, que no lograron entender el famoso Pacto de Olivos.

Esta etapa es, sin duda, clave en el proceso de institucionalización del FREPASO tanto en términos organizativos como prácticos. Se han señalado las características de los partidos tradicionales con respecto a ser difusos en su base pero centralizados y personalizados en su cúpula, capaces de incorporar cambios y de representar corrientes de opinión fragmentadas. En este sentido están mucho más cerca de un partido de opinión o aparato profesional-electoral, que apunta, precisamente, a la creciente heterogeneidad de las organizaciones y de su base electoral. En efecto, producto de esa variedad, los partidos se han planteado la posibilidad de representar a todo el espectro social, desapareciendo, por ello mismo, su primitiva vinculación con las clases bajas como elemento de definición. (Panebianco, 1990).

En febrero de 1995 se realizaron elecciones internas en el FREPASO. Volvieron a competir dos líneas, por un lado José Octavio Bordón dirigente peronista de gran capacidad organizativa y con una orientación moderada y centrista, del otro lado Alvarez representando los sectores socialistas y más progresistas; triunfó por escaso margen Bordón y se lanzó su candidatura a la Presidencia. En mayo de 1995 el Frente obtuvo el 28,8% de los sufragios superando ampliamente al Partido Radical (16,9%), quien tocó el techo más bajo de toda su historia. El FREPASO logró transformarse en fuerza nacional ganando representación en casi todas las Provincias.

Sin embargo, la tensión por el liderazgo no tardó en hacerse presente y la discusión sobre la aceptación de nuevos integrantes, propuesto por el ex candidato presidencial, tales como Gustavo Beliz, ex ministro del interior de Menem al Frente volvió a provocar la ruptura. Bordón abandonó la coalición con idea de reingresar al Peronismo, acto que realizó en estos días

Sin duda la consolidación del frente de centro - izquierda se produjo con las elecciones presidenciales de 1995, cuando logró salvar el escollo de transformarse en una tercera fuerza en extinción, como había ocurrido históricamente con todos los partidos que buscaron ese espacio político; Por el contrario, se consolidó, superó los problemas internos y resolvió casi sin sangría el

abandono del ex candidato presidencial. En este sentido también es digno de señalar que en octubre de ese año, Fernández Meijide, logró una senatoria por Capital Federal, con una gran diferencia con el resto de los competidores, acrecentando su prestigio, como dirigente de primera línea.

Nuevas competencias electorales mostraron el creciente consenso logrado por el Frepaso. En junio de 1996 la disputa por la intendencia de Buenos Aires, cargo que se eligió democráticamente en elecciones por primera vez, obtuvo el 26% de los votos, su candidato el socialista Norberto La Porta, no tuvo la capacidad de romper la imagen de descreimiento de los “porteños” con respecto a la izquierda tradicional. Sin embargo Fernández Meijide en esas mismas elecciones obtuvo el 34,8. Los radicales, lograron recomponer el partido y recuperar parte de electorado logrando imponer su candidato Fernando de la Rúa, con el 40 %. La lección que dejaron estas elecciones fue la posibilidad de superar el síndrome de fragmentación, característica de la coalición de izquierda y consolidar liderazgo de algunos de sus dirigentes, que mostraron una gran capacidad para adaptarse y salir airoso de los problemas.

A partir de este momento el Frepaso se vio abocado a la discusión interna para realizar el esfuerzo de imaginar el futuro de la agrupación. El tema fue construirse como “ fuerza de opinión”, que resultó una herramienta a la que ya habían recurrido los partidos europeos, para afrontar los problemas derivados del cambio de las expectativas de la sociedad moderna, la burocratización de la política ejercida a través de los partidos, el estallido de demandas diversas y el cambio de la estructura social que se conformó paralelamente a la política de postguerra.

La fuerza de la opinión es, en ese sentido, un recurso para la subsistencia de la política, una necesaria reconversión para competir por el gobierno. Para que esa fuerza de opinión tenga el peso que se requiere para competir adecuadamente, son necesarios cuadros altamente capacitados para llevar adelante políticas de proyección y asimismo una estructura de profesionales en condiciones de especializar a los dirigentes y futuros legisladores.

6) La coalición: fin de siglo, fin de ciclo.

En el mundo moderno casi todos los gobiernos son de coaliciones y la tendencia va en aumento. Hay cada vez menos partidos hegemónicos, porque las sociedades plurales no desean

entregar todo el gobierno a un solo partido, o a una sola persona. No es un signo de debilidad o de inestabilidad es un signo de los tiempos. Porque pareciera que cuando llegue a su fin la experiencia menemista, habrá también finalizado el gobierno unipersonal continuo, más largo de la historia argentina posterior a la organización nacional.

Cuando señalamos lo anterior hacemos referencia a un hecho también inédito en la historia de la política nacional, la creación de acuerdos, pactos y compromisos entre el Frepaso y el añoso partido Radical, la coalición a la que se denominó “Alianza” obtuvo en las elecciones legislativas del 26 de octubre de 1997, un contundente triunfo. El cuadro indica las diferencias:

Cuadro n°4: Resultados elecciones legislativas 1997	Total país		Total provincia Buenos Aires		Total Capital Federal	
	Votos	%	Votos	%	Votos	%
Alianza	6136873	36.5	3729459	48.2	1072869	56.76
P. Justicialista	6058287	36.0	2805951	41.3	339733	17.9
Unión Cívica Radical	1114169	6.8				
Acc. Republicana	657339	3.9	185094	2.7	322525	17.0
FREPASO	408570	2.4				
Fuerza Republicana	246165	1.4				
Alianza Izquierda Unida			85929	1.2	25937	1.3

Fuente: elaborado sobre la base de datos publicados por La Nación, 27/10/97.

Lo cierto es que el triunfo de la Alianza, fue el resultado de un intrincado juego político que combinó la larga experiencia en materia de acuerdos y percepción del malestar social del ex presidente Alfonsín y la visión renovadora e institucionalista del Frente y de sus líderes, Alvarez y Fernández Mejjide, pacto al que se sumaron dirigentes importantes de ambas agrupaciones. Las fuerzas políticas tuvieron la capacidad no sólo de percibir el descreimiento de la sociedad sino también mostraron actitud de cambio para hacer propias esas demandas. La flexibilidad y la apertura triunfaron en medio de la lucha por la “política pequeña”.

Ambas fuerzas habían vislumbrado la imposibilidad de derrotar por separado al justicialismo, a este diagnóstico se agregó las sombras de un nuevo intento de reforma constitucional que permitiese -algo expresamente prohibido por el Pacto de Olivos- una nueva reelección.

Las últimas elecciones también habían producido enseñanzas a los peronistas, el escenario

imaginado por ellos resultó infinitamente peor. Se rompieron algunos mitos, el primero fue la imposibilidad de derrotar al justicialismo en sus reductos, tales como la provincia de Buenos Aires, donde no había sido vencido en tres lustros, pero además en las zonas más pobres donde el discurso de la Alianza horadó tradicionales bastiones justicialistas. Evidentemente el discurso del partido gobernante no fue convincente, pese a la “estigmatización” que realizó de ciertos sectores de izquierda, lo que no arrojó a los nuevos votantes de la coalición. En este escenario pareciera que el futuro de la coalición señala la necesidad de concertar, acordar, conceder y negociar. Del logro de estos objetivos sus formas de posicionamiento ante la sociedad, con respecto al poder o sus correlatos de expresión política dependerá la capacidad de la nueva agrupación de lograr credibilidad. Está obligada a adquirir una nueva noción de política, basada en la transparencia y una presencia mayor de las fuerzas que representa.

7) Uruguay: la izquierda una presencia permanente

A la inversa de lo sucedido en Argentina la izquierda uruguaya a lo largo del Siglo XX ha tenido una presencia permanente en la vida política nacional.

En las primeras seis décadas del siglo, tanto el Partido Socialista como el Comunista y más allá de los matices de sus propias diferencias ideológicas, desarrollaron su accionar parlamentario sobre dos grandes ejes: por un lado fijaron permanentemente posición sobre los diversos aspectos de la política exterior Uruguaya, por otro, y sin duda el más relevante, se ocuparon de mostrar las limitaciones que tenía la implementación del modelo de bienestar de la primera mitad del siglo, así como, denunciar los desvíos que se producían en la clase política controlada por los partidos tradicionales. El peso electoral de los partidos de izquierda no fue en este período significativo, entre ambos sectores de izquierda nunca lograron tener más de dos escaños en el Senado.

La incidencia de la izquierda sí fue mucho más importante en la conformación del movimiento obrero uruguayo, mediante la participación en sindicatos de corte clasistas, en una sociedad donde existió una fuerte integración social. Los sindicatos, si bien controlados en su gran mayoría por dirigentes de izquierda, recibían el respaldo de gran parte de los votantes de los partidos de centro y de derecha.

A fines de la década del 50' y durante los años 60' el advenimiento de la crisis social y

económica generó una polarización de la sociedad uruguaya, lo que implicó un cambio en el papel de la izquierda. El antiguo rol testimonial fue sustituido por un creciente protagonismo, al menos en el debate, puesto que comenzó a vislumbrarse una pretensión de modelo alternativo. La revolución cubana así como otros movimientos

insurgentes en América Latina, en un contexto de guerra fría, plantearon la hipótesis de un eventual acceso al poder de fuerzas de izquierda.

Pero la polarización en los debates fue paralela al surgimiento de un movimiento de guerrilla urbana que cuestionó un modelo de país, el cual durante décadas pareció indestructible. La crisis social, política y económica comenzó a jaquear toda la cosmovisión de una sociedad que se contemplaba a sí misma como casi perfecta, y en donde los cambios sólo eran posibles como consecuencia de la inercia de los lentos procesos de transformación que vivió el país.

Rápidamente todo el sistema político se encontró inmerso en un caos al cual muchos se negaron a reconocer, otros no pudieron advertirlo, y lo que fue claro, era que nadie poseía la solución. En este panorama fue lógico que la izquierda comenzara a articular nuevas formas de organización y de accionar político. Desde una situación de neta oposición al sistema tradicional de partidos comenzó a gestarse el cambio cualitativo más significativo en la vida política uruguaya de los últimos 130 años. Los partidos de izquierda ya existentes, sectores progresistas de los partidos tradicionales, personalidades independientes, y el Partido Demócrata Cristiano conformaron en 1971 una alianza política denominada Frente Amplio. Esta nueva coalición no sólo era novedosa para el Uruguay sino que también era observada con curiosidad desde el exterior, para muchos analistas fue muy difícil comprender un acuerdo político entre cristianos y comunistas.

Con una propuesta programática de corte rupturista con los modelos tradicionales uruguayos, donde se propuso la reforma agraria, la nacionalización de la banca y la integración latinoamericana para enfrentar los avances del imperialismo capitalista, esta nueva experiencia política generó muchas más dudas que certezas. Se desconocía cual era el potencial electoral que podía llegar a tener una coalición de esta naturaleza. La viabilidad de su permanencia en el tiempo: ¿se trataba de una alianza coyuntural o de una fuerza política que habría de perdurar?

El carácter de la misma en cuanto a su organización: ¿se trataba de un partido, o de un movimiento?. Tras de sí se generó una intensa movilización ciudadana, a la cual se prometió y al

mismo tiempo se le exigió participación en las tomas de decisiones. Se trataba de una nueva forma de organización política que no sólo pretendió diferir de tradicionales en cuanto a su ideología y su programa sino también a su funcionamiento.

Las elecciones de 1971 comenzaron a despejar alguna de las incógnitas de aquel momento. Con una votación del 18% a nivel nacional, se confirmó que la posibilidad de acceder al poder era aún remota. Sin embargo, la izquierda que nunca había tenido más de dos escaños en el senado, pasa a tener cinco. A su vez, el Frente Amplio se convirtió en la segunda fuerza a nivel electoral en el departamento de Montevideo.

Los meses sucesivos a las elecciones tuvieron una intensidad muy particular. Fue en periodo de un fuerte bloqueo político, aumento del autoritarismo y de sucesivos pasos que confluyeron en el golpe de estado de 1973.

La intensidad de este periodo histórico en la vida nacional fue, también, paradójica, pues los partidos políticos tuvieron muy poca capacidad decisional.

El advenimiento del gobierno militar fue una circunstancia que la clase política no supo o no pudo evitar. Una vez producido el golpe de estado en junio de 1973, la suerte de los sectores que conformaban la izquierda fue dispar. Cárcel, clandestinidad y exilio fue el destino de la mayoría de los dirigentes. La masa ciudadana poco podía hacer para resistir los paulatinos avances de la represión militar. La posibilidad de organización como órgano de oposición del Frente Amplio en ese período fue sui generis. Existieron diferentes mecanismos de coordinación, pero sin un elemento orgánico que pudiera dirigir el movimiento. Poco a poco, tanto en el Uruguay como en el exterior, se comenzaron a realizar diferentes tipos de contactos con sectores democráticos de los Partidos tradicionales como forma de coordinar esfuerzos para disminuir la embestida cada vez más represora de las Fuerzas Armadas contra la población.

Estas conversaciones y embriones de acuerdos, fueron los primeros pasos para comenzar a desestigmatizar a la izquierda en el resto de la clase política uruguaya. Representó una revalorización de lo político expresado a través de los propios partidos, en los cuales la izquierda no había estado incluida.

Las pretensiones de los militares de legitimar su modelo de organización institucional fueron rechazadas en el plebiscito de 1980. A partir de ahí quedó claro, que de una manera u otra la solución al problema institucional habría de pasar por los partidos políticos.

Los militares insistieron en excluir a la izquierda de cualquier modelo de futuro país y convocaron a elecciones internas de los Partidos Tradicionales en noviembre de 1982.

Estas elecciones generaron dentro de la izquierda una disyuntiva que aún hoy sigue sin tener una respuesta definitiva: ¿cuál era el camino a seguir? Por un lado se planteó apoyar a los sectores democráticos de los Partidos Tradicionales y por otro lado señalar el perfil propio y la vigencia del Frente Amplio a través del voto en blanco. Esta divergencia a nivel de dirigencia tuvo su espontánea resolución en el voto de la masa ciudadana de izquierda. En tiempos de semiclandestinidad, combinada con fuerte represión, los canales de comunicación entre la dirigencia y la base, si es que estas categorías existían, fueron muy difíciles. El electorado de izquierda, en su gran mayoría, libérrimamente se expresó electoralmente de acuerdo a lo que su propia conciencia, niveles de lealtades partidarias, y consideraciones estratégicas le indicaron. El resultado fue doblemente bueno para la izquierda, por un lado se conformaron convenciones de los Partidos Políticos con un claro predominio de los sectores democráticos, que fueron en principio quienes irían a negociar con los militares, y a su vez los resultados del voto en blanco reafirmaron la vigencia del Frente Amplio como organización política.

El desarrollo de los acontecimientos políticos generó que paulatinamente la izquierda fuera tomando cada vez más protagonismo. Las movilizaciones sociales, donde la izquierda ejercía la hegemonía de la conducción fueron cada vez más frecuentes. El retiro del Partido Nacional de las negociaciones con los militares, obligó a éstos a reconocer al Frente Amplio como fuerza imprescindible para que el acuerdo al que se llegó con el Partido Colorado tuviera una legitimidad indiscutida. De ahí en más, tanto para los militares como para los Partidos Políticos la izquierda fue una realización política que ya no podría volver a discutirse.

Este hecho significó para la izquierda la posibilidad de una ubicación estratégica en la vida nacional, esto resultó más importante de todo lo que jamás había poseído a lo largo de la historia. Mas allá de los cuestionamientos éticos de lo que representó negociar una salida política con un actor que tenía encarcelados a miles de sus integrantes, fue la primera vez en la historia nacional en la cual la izquierda podía por sí trabar o destrabar una de las situaciones más delicadas de la vida nacional de todo el siglo.

A partir de ese momento la sociedad uruguaya toda, aceptó implícitamente, un lugar dentro del escenario político para la izquierda, que anteriormente le había negado.

Las elecciones de 1984 marcaron un leve aumento electoral de la izquierda y consolidó su fortaleza en el departamento de Montevideo. En un clima de euforia democrática, la vigencia del Frente Amplio quedó plenamente asegurada, al tiempo que se generó una crisis no de crecimiento sino de reacomodo a la nueva situación del país y a la nueva situación interna.

El Frente Amplio fue invitado a participar en la Dirección de algunas de las empresas estatales, así como coparticipar en la toma de las responsabilidades de ciertas decisiones referidas a eventuales crisis del sistema financiero.

El primer período democrático tuvo para el Frente Amplio dos grandes polos de atracción, por un lado el ejercicio de la oposición a la política del Poder Ejecutivo de no juzgar a los violadores de los derechos humanos durante la dictadura, y por otro el reacomodo de su propia interna a la luz de los resultados electorales de 1984 y de las sucesivas controversias que se plantearon tanto por aspectos ideológicos como organizativos.

Durante cuatro años la izquierda fue dando pasos inexorables hacia su rompimiento. Los sectores enfrentados fueron los del Movimiento por el Gobierno del Pueblo, que había alcanzado el 40% de los votos del Frente Amplio en las elecciones nacionales, pero que carecía de militancia de base; y por otro lado el Partido Comunista que hegemonizó la estructura de bases del Frente Amplio y ejerció un fuerte control de los movimientos sociales, fundamentalmente en los sindicatos.

Las elecciones de 1989 encuentran a la izquierda dividida, en dos opciones electorales. No obstante ello a ambas fuerzas políticas los resultados los favorece. El Frente Amplio aumenta levemente su caudal electoral a nivel nacional, pero fundamentalmente logró ganar el gobierno municipal de Montevideo. El Nuevo Espacio, coalición formada por el Partido por el Gobierno del Pueblo y el Partido Demócrata Cristiano y que se definió como socialista democrático, obtiene dos senadores teniendo un porcentaje de votación como nunca antes había tenido ningún partido de izquierda previo a 1971.

Ya desde el inicio de la gestión del Gobierno departamental de Montevideo por parte de la izquierda, se generaron diversos tipos de mecanismos de bloqueos por parte de los partidos tradicionales. Este segundo gobierno democrático trató de relacionarse menos que el anterior con la izquierda. El Frente Amplio no participó de la dirección de ninguna de las empresas estatales, y sus planes de subsidio del transporte capitalino y de descentralización de la gestión municipal

fueron combatidas desde el resto de los Partidos Tradicionales como nunca antes se había ocupado ningún partido de lo que sucediera en la Intendencia capitalina.

Poco a poco, la figura de Tabaré Vázquez fue creciendo dentro de la interna de los propios frenteamplistas desplazando al General Seregni, líder histórico de la coalición. La segura candidatura a la presidencia de Vázquez hizo que los partidos tradicionales apuntaran sus baterías contra el Intendente Montevideano intentando disminuir su prestigio.

Las elecciones de 1994 fueron una prueba de fuego para la izquierda. En ellas, no sólo se juzgó la capacidad de gobernar, presunto talón de Aquiles de la izquierda, sino también la capacidad de proyección de sus dirigentes hacia el resto del país. Si bien el Frente Amplio siguió siendo la tercera fuerza electoral, en noviembre de 1994 se produjo un virtual empate entre los tres Partidos mayoritarios, y el triunfo en Montevideo de la izquierda fue aún mayor del obtenido 5 años atrás.

Los cuadros ejemplifican lo afirmado anteriormente sobre el crecimiento de la izquierda.

Cuadro n°5: Evolución de los respaldos electorales en elecciones nacionales a los partidos mayoritarios (representación electoral y parlamentaria superior al 5%), 1971-1994

Partidos % votos válidos	1971	1984	1989	1994
Colorado	41	41,2	30,3	32,3
Nacional	40	35	38,9	31,2
F.Amplio	18,3	21,3	21,2	30,6
N.Espacio	----	----	9	5,2

Fuente: Corte Electoral, elaborado por Paternain Rafael, Serna Miguel en Susana Mallo (comp.) "Ciudadanía y democracia en el cono sur", Mdeo., 1997.

Cuadro n°6: Evolución electoral de los partidos corrientes de izquierda

% total votos válidos	1971	1984	1989	1994
P.COMUNISTA *	6	6	9,9	2,9
P.SOCIALISTA	2,2	3,3	4,7	5,5
RADICALES **	4,3	1,4	2,3	2,7
P.D.CRISTIANO	3,7	2,3	1,6	0,9
P.G.P (99)	1,9	8,3	7	1,5 + 5,2 ++
A. URUGUAY	-----	-----	-----	12

Fuente: Corte Electoral, elaborado por Paternain Rafael, Serna Miguel en Susana Mallo (comp.) “Ciudadanía y democracia en el cono sur”, Mdeo., 1997.

* se toman los resultados de las sucesivas alianzas electorales con las que se ha presentado el P.C.

** alianzas de grupos políticos situados en las posiciones más extremas de la izquierda (Patria Grande, Izquierda Democrática Independiente, y Movimiento de Participación Popular para cada una de las elecciones seleccionadas)

+ apoyos electorales de los dirigentes del PGP que se presentaron bajo el lema p.colorado

++ porcentaje de votos recibidos por los escindidos que se presentaron con un lema propio Nuevo Espacio.

Por su complejidad, tamaño y malas prácticas anteriores el cargo de Intendente de Montevideo fue más propicio para terminar con la carrera de un político, más que para proyectarlo. En el caso del Frente Amplio esta “máxima” tuvo un resultado inverso. La situación actual del país ha generado que muchos de los sustentos tradicionales de las fuerzas de izquierda hayan desaparecido. La potencialidad del movimiento sindical y estudiantil se ha reducido a su mínima expresión. Cada vez más se acentúa el carácter “catch all” del Frente Amplio, fenómeno que no sólo se cumple en el medio rural que representa el 10% del electorado nacional, sino también en los sectores marginales urbanos, otrora reductos inaccesibles para la izquierda, que se han transformado en una fuerte base de su sustento electoral. Las diferentes pautas de socialización, el mayor nivel educativo de sus integrantes, el masivo acceso a los medios de comunicación y la imposibilidad de que el ejercicio del clientelismo de los Partidos Tradicionales, son las explicaciones básicas de este cambio en la orientación electoral de los sectores excluidos.

Salvado el examen de la aceptación de la gestión en el municipio de Montevideo, y con un

margen cada vez más limitado de crecimiento en la Capital, el desafío que tiene la izquierda con vistas al acceso al gobierno Nacional radica en dos grandes factores: su capacidad de proyectarse en el interior urbano, y la de generar una propuesta global que le permita captar votantes de otros partidos en una segunda vuelta electoral.

8) Los sistemas políticos en Argentina y Uruguay

En el sistema político uruguayo, la dinámica partidocrática corta e involucra a todos partidos: en el argentino, por el contrario, el subsistema partidario -fundamentalmente a nivel de la agregación de intereses- divide la lógica partidocrática de la corporativista: esto último tiene su correlato traumático, por ejemplo, en la profunda confrontación entre peronismo/antiperonismo, la cual descarta, junto con otras muchas posibilidades, la comprensión de la vida política argentina como unidimensional. A su vez, la política uruguaya, por ser más calma, no tiene por qué ser más plana, advirtiéndose también allí tensiones y oposiciones (quizás más silenciosas y persistentes), impulsos y reacciones, antes que frenos. Sea lo que fuere, un sistema político no puede ser explicado por la existencia pertinaz de dicotomías relevantes.

Así, pues, cualquier ensayo de reducción de los sistemas políticos se torna problemático. En Argentina, las posiciones oscilan entre aquellos que niegan la realidad de un sistema y otros que la reafirman. Reconociendo la dificultad de adaptar criterio proveniente de la especulación teórica, algunos autores han creído ver un sistema político no consolidado.

La Argentina no ha poseído prácticamente competencia interpartidaria, ni estabilidad institucional, ni normalidad democrática. Más allá de la presencia avasallante de las corporaciones, sin embargo, los partidos políticos no han dejado de autorreferirse.

Cuando dicha interacción partidaria disminuyó, nos acercamos a un tipo de sistema hegemónico, con actor predominante; cuando la interacción fue reforzada y explicitada, el sistema se inclinó hacia el bipartidismo.

Ahora bien, presidencialismo, polarización, exclusiones recíprocas, negación del pacto y desconfianza de la esfera electoral, hondas zanjadas entre el radicalismo y el Peronismo, etc., ¿por qué estos rasgos y dónde están sus causas?, ¿Acaso en lo ideológico, en lo interactivo o en lo estructural? Los enormes problemas del sistema político argentino para asumir funciones de

representación, ¿no son producto de luchas sociales imposibles de traducir políticamente? Sin pretender respuestas definitivas y simplificadoras, no creemos en primer lugar que la existencia de un sistema de partidos débil y permeable refleje mejor o más equitativamente el conflicto social. Del mismo modo, la debilidad sistémica no permite sostener la mayor sencillez para que la lucha social se transforme en combate político. En este punto, las lógicas de acción -con sus acervos simbólicos- canalizan juegos de lenguaje y de poderes irreconciliables, pero siempre de naturaleza política. En todo caso, la heterogeneidad estructural, la consolidación de dos circuitos decisionales -el político institucional y el corporativo- y la pálida mediación sistémica, habilitan a los partidos políticos argentinos, en plenos procesos de crisis y de ruptura institucional, para asumir una responsabilidad -a diferencia de Uruguay- decididamente menor.

Como ya se sabe, la variable uruguaya ofrece otras bondades: los componentes básicos del bipartidismo uruguayo se remontan al siglo XIX, consolidándose -según criterios endógenos- tardíamente. La institucionalización de dicho orden político implicó, entre muchas otras cuestiones, una fragmentación infinita de los partidos tradicionales, lo que ha llevado a algunos investigadores a tildar al sistema partidario uruguayo como “bipartidismo fragmentario”. A su vez, la dinámica política de los últimos veinte años, ha modelado el sistema -por razones que ahora no vienen al caso- en clave pluripartidista. En cualquiera de las instancias hemos tenido competencia integradora, reparto del electorado, negociaciones y pactos, división y conquista, con partidos políticos siempre fuertemente autorreferidos. La partidocracia uruguaya ha forjado dos canales para garantizar su centralidad: lo que se ha llamado la colonización del Estado por parte de los partidos políticos- o feudalización del Estado-, en primer lugar, cuestión ésta que no parece tener su correlato en el caso argentino. En segundo lugar, la absorción de demandas de la sociedad civil a través de las prácticas clientelísticas.⁶

En ambas direcciones -como amplificaremos más adelante- las estructuras partidarias desempeñaron un rol decisivo, lo que contribuyó a una pertinaz indefinición entre lo político y lo social. Sin embargo, hay ciertos rasgos del sistema en su conjunto -de su normalidad y de sus crisis- que no siempre quedan explicitados a través de la hipótesis partidocéntrica, entre otros motivos, porque un sistema -tal cual fue advertido por Pasquino⁷ -no sólo involucra agregación

⁶ Ver para este punto, Rama, Germán. El club político, Arca, Montevideo, 1971

⁷ Pasquino, Gianfranco, “Participación política, Grupos y Movimientos”, en Manual de Ciencia Política, Alianza Universidad, Madrid, 1988, pag .180

de intereses o competencias funcionales, sino que además supone la fragua de “alternativas políticas” (en el Uruguay, no solamente los partidos políticos pensaron en ellas) y la productividad de las “decisiones políticas”, cuya textura ideológica y pretensión de beneficio trascienden ampliamente la materialidad fáctica de decisión formal.⁸

En definitiva, el rango de variación más ostensible entre Uruguay y Argentina oscila entre el orden y la ruptura, la homogeneidad y la heterogeneidad, las coexistencias y las sucesiones, el equilibrio y la inestabilidad. A tal extremo, que se ha sugerido que el subsistema partidario argentino oficia de variable interviniente en la intelección del sistema político en su globalidad. En el Uruguay -con todas las dudas que ello entraña- los partidos políticos constituyen una variable típicamente independiente, vale decir, la porción central de toda explicación política. Por aquí o por allá, lo más prudente quizás sea abandonar todo vaticinio causal y sostener: mientras que en la Argentina existe un “sistema de doble partido con intención dominante”; al tiempo que en el Uruguay se verifica un sistema “bi(multi)-partidista de equilibrio estable”, mientras que el impacto político de las identidades federales y regionales es un dato relevante de la realidad política argentina (a diferencia de nuestro país); más allá que en la Argentina la rotación de gobiernos ha significado cambio de regímenes (cuando en el Uruguay la de gobiernos ha implicado -por ahora y a excepción de 1973- rotación de lemas partidarios) y al tiempo que la ausencia de contextos de acuerdo y negociación de la vida política argentina contrasta fuertemente con la rutina conservadora del Uruguay, la comparación de las dinámicas partidarias arrojará resultados sugerentes cuando el repertorio de funciones y las tendencias naturales de los sistemas desactiven los rayos de tracción que sujetan a la categoría de partidos políticos, permitiendo que fluyan sus rasgos, que se denuncien sus niveles, complejidades y determinaciones y, por encima de todo, que se despejen algunas incógnitas sobre los tiempos y las adaptaciones individuales.

9) Conclusiones

Sin duda pese a las distancias históricas y societales de Argentina y Uruguay, la comparación de la izquierda de “nueva generación”, nos permite señalar ciertas similitudes.

⁸ Para una crítica en este sentido, ver Paternain, Rafael, Los pozos abisales de la sociología política, Cuadernos del CLAEH, No.72, Montevideo 1995

Ambas han construido con muchos esfuerzo e imaginación un “electorado de opinión pública”, rompiendo las representaciones simbólicas de los partidos tradicionales. Logrando establecer coaliciones en el caso Argentino, unificándolos en el caso Uruguayo, en este último país la vuelta a un posible biartidismo es de corte absolutamente distinto pues rompe con tradiciones muy acendradas de partidos políticos históricamente antagónicos. En Argentina nadie hubiera pensado hace muy pocos años en una unión de los Radicales y la izquierda, en Uruguay nadie hubiera imaginado el escenario político del futuro cuando “seguramente” Blancos y Colorados voten contra el Encuentro Progresista-Frente Amplio. Esto puede explicarse con dos situaciones. A) la flexibilidad demostrada por las organizaciones de izquierda argentinas y uruguayas que lograron readaptarse a los cambiantes tiempos, y crecer en base a principios constitucionales, de eficiencia y éticos, para reconstruir un espacio creíble y de cierta sintonía con las nuevas necesidades de la sociedad. B) Han surgido en ambos países líderes innovadores que disfrutaban de un gran margen de acción producto de una inserción y una práctica política que les ha permitido permear sitios o lugares inaccesibles para la izquierda hasta este momento.

Un nuevo modo de conocimiento de la izquierda le otorga la capacidad de captar la creatividad potencial de las situaciones y orientar la práctica social. Esto no significa que el discurso se transforme en una sumatoria de elementos heterogéneos, pero lo cierto es que se ha complejizado la noción de “homogeneidad” del discurso. De cómo construir lo heterogéneo sin perder homogeneidad es el gran desafío para las nuevas agrupaciones políticas.

De cómo lograr, asimismo, un formato integrador que unifique pero también ubique en términos de distancia con otros discursos es otro de los desafíos a los cuales están abocados los líderes. Si la producción y práctica de la oposición ha perdido capacidad identitaria y la cohesión es baja, se hace necesario para la izquierda construir un discurso como insumo y producto de identidad-identidades, no podemos pensar, sin embargo, que la coherencia necesaria del mismo implique sólo integración normativa, si no que la idea de conflicto, tensión, debe estar siempre presente.

El otro símil es que tanto en Argentina como en Uruguay el papel opositor facilita algunas políticas contestatarias, también es cierto que para esta etapa ambas izquierdas han cambiado,

pues ante la posibilidad de ser real opción de gobierno no se puede negar todo lo hecho sino que

se construye desde lo que se tiene.

En Argentina observamos que el Frepaso primero y la Alianza después, señalan los logros económicos y las deficiencias institucionales, sin embargo no permanecen en la crítica y ofrecen instancias superadoras. En Uruguay a partir de los efectos no deseados de la reforma constitucional (el triunfo del ballottage que quitó a la izquierda la posibilidad de acceder al gobierno por minoría simple) el rol de la izquierda posee un doble polo, por un lado conservar la identidad de izquierda y por otro mostrar que puede ser gobierno sin barrer fronteras tanto de forma como de contenido.

El dilema de ambas agrupaciones es también muy similar: ¿cohesión significa disciplina? ¿Se puede profundizar la institucionalización sobre la base de las agrupaciones existentes? ¿Existe la suficiente flexibilidad a la hora de ampliar la base electoral? Sin duda estas preguntas nos conducen a una nueva situación, la centroizquierda tiene que estructurar sus discursos considerando la tensión entre el contenido del mismo en términos de captación de nuevos votos, pérdida de votos tradicionales, ya que se observa en ambas agrupaciones pérdidas de votos tradicionales ante la modernización del discurso. Esta idea adquiere relevancia a la hora de pensar la política y las propuestas de la izquierda, reiteramos el escenario es hoy cómo llegar al gobierno nacional.

El otro punto a destacar en los procesos de comparación, es que las fuerzas propulsivas de ambas agrupaciones están en producir nuevas ideas y de abrirse a figuras creativas, hay ejemplos relevantes en los partidos de opinión en el mundo, de su capacidad de producir políticas aún cuando su estructura organizativa sea relativamente débil, si bien tanto el Frepaso como el Frente han logrado líderes y dirigentes reconocidos por su autoridad simbólica o profesional, el Frepaso está lejos de poseer la capacidad y la historia de constitución del Frente, lo que en cierta manera lo cobija de ciertas exigencias que se le impone al Frente desde sus agrupaciones más de izquierda.

El gran problema que enfrentan ambas coaliciones es la futura captación de nuevos votos y el mantenimiento de los votos que ya tiene. Se ha observado cómo en periodos anteriores se evitaron grandes fraccionalizaciones, pero sin embargo esto no basta. En los términos de la construcción del discurso, la izquierda se enfrenta a una disyuntiva: a) por un lado no perder el contenido de historicidad del discurso de centro- izquierda, y en ese sentido, no alejarse

demasiado de los componentes que han configurado su matriz de identidad discursiva, peligro que implicaría rupturas de manera más rotunda en el caso uruguayo, b) por otro lado la necesidad de ampliar y reestructurar el contenido del discurso en función de una lógica de captación de nuevos votantes. En esta tensión ubicamos la idea de reconstrucción discursiva en que se sitúa en un eje más que problemático. A saber con que insumos se construye el “nuevo discurso”, señalando cuán nuevo y cuán distante puede ser del formato original, a quién se dirige y cuán efectivo puede ser, es decir que amplio es el abanico de captación de nuevos votos, pero también cuanto puede retener votos tradicionales, entre las dimensiones a considerar.

Las disimilitudes son muchas y algunas fueron consideradas, la historia política del Uruguay proviene de una matriz democrática, sólo rota durante los años 70- 80. La historia argentina es de discontinuidades. Esto produce obviamente construcciones sociales identitarias, diferentes, mientras la uruguayo se autopercibe integrada, igualitaria y mesocrática, la sociedad argentina ha dado muestras históricas de intolerancia y autoritarismo.

Sin duda los actores sociales de ambos países se han construido con identidades propias, afirma (Serna 1998), que “el Frente Amplio en tanto actor fue una invención política coyuntural destinada a mantenerse en forma duradera debido a la existencia de factores de largo plazo, expresando una alianza plural y amplia con identidad propia basada en una combinación de escisiones de sectores reformistas liberales antiautoritarios...” Mientras que el Frepaso se definiría por haber logrado el desdibujamiento de la oposición peronismo- antiperonismo, donde la flexibilidad de la organización y la centralidad de los líderes, ha logrado articular intereses basada en” los nuevos movimientos sociales y la ciudadanía pos-social. De los cambios que puedan realizar no sólo al interior las agrupaciones, sino del logro de credibilidad que perciban de éstas las sociedades, depende la viabilidad del proyecto que reivindica una ciudadanía más democrática e igualitaria.

Bibliografía

Abal Medina, Juan Manuel (1995): "La normalización del sistema partidario argentino", en Ricardo Sidicaro y Jorge Mayer (comp) Política y sociedad en los años del menemismo, UBA, Buenos Aires.

Adrogué, Gerardo (1995) "El nuevo sistema partidario argentino", en Carlos Acuña (comp), La nueva matriz política argentina, Nueva Visión, Buenos Aires.

Aguiar, César. (1984) "Elecciones y Partidos", Serie Uruguay hoy, Nº 7 CIEDUR, Montevideo

Altamirano, Carlos (1992): "El peronismo verdadero", en Punto de vista, Nr043, Buenos Aires.

Alvarez, Carlos (1995) "La continuidad de un proyecto", en La Ciudad Futura, Nro 43, Invierno, Buenos Aires.

Alvarez, Carlos (1996): "Pensar otro país", en Bitácora, Nº 2, enero 1996, Buenos Aires.

Argones, Nelson, Mieres, Pablo "La Polémica en el Frente Amplio" en Revista del CLAEH Nº 49 Mde, 1989.

Arocena, Rodrigo, Portantiero Juan Carlos. (ed) "La vigencia de las propuestas socialistas", FESUR, Mde, 1994.

Astori, D. (1997): "Política y estado", Montevideo, Banda Oriental.

Auyero, Carlos (1989): Desde la incertidumbre. Un proyecto político pendiente, Legasa, Buenos Aires.

Auyero, Carlos, (1996): "La clave es una buena institucionalización", en La ciudad Futura, Nº 46, Primavera- Verano, Buenos Aires.

Bobbio, Norberto (1994): Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione política, Donzelli Editore, Roma

Bonino, Luis C "La crisis del sistema político Uruguayo.

Bosetti, Giancarlo (1996): Izquierda punto cero, Paidós, Barcelona.

Caputo, Dante y Julio Godio (1996): Frepaso: alternancia o alternativa, Corregidor, Buenos Aires.

Castiglioni, Franco (1997): " Mantener la unidad en la diversidad y potenciar al mismo tiempo al conjunto requiere de confianza mutua", en Escenarios Alternativos, Nº 2, Primavera, Buenos Aires.

Catterberg, Edgardo (1988) : " La transición y el sistema de partidos en la Argentina", en Plural, Nº 10/11, Buenos Aires, Julio 1988.

Cheresky, Isidoro (1991): Creencias políticas, partidos y elecciones, Cuadernos del Instituto de

Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales.(UBA), Buenos Aires.

De la Torre, Carlos (1997) : "The Mass Media and New Political Leaderships", mimeo.

Dornbusch, Rudiger y Sebastian Edwards (1990): The Macroeconomics of Populism in Latin América, Chicago University Press, Chicago.

Dicatenzeiler, Graciela. y Oxborn, Philippe (1994): Democracia, autoritarismo y el problema de la gobernabilidad en América Latina", en Desarrollo Económico, N° 133, vol 34, abril - junio, Buenos Aires.

Farinetti, Marina(1997): " Clientelismo y protesta: cuando los clientes se rebelan", mimeo, Buenos Aires.

Fernández Meijide, Graciela y Carlos Alvarez (1996): La Argentina; en Leviatán, N° 69, Otoño, Madrid.

Hall, Peter. A. (1993): " Policy <<paradigms, Social Learning, and the State,. The Case of Economic Policymaking in Britain"., en Comparative Politics, April.

Hay, Colin (1997):. "Anticipating Accommodations, Accommodating Anticipations: The Appeasement of Capital in the " Modernization" of the British Labour Party, 1987- 1992", en Politics and Society, vol 24, N° 2, June.

Jeambar, Denis, e Yves Rocaute (1990) : Elogio de la traición. Sobre el arte de gobernar por medio de la negación; Editorial Gedisa, Barcelona

Jones, Mark(1997): "Evaluating Argentina's Presidential Democracy 1983-1995",en Scott Mainwaring and Matthew Soberg Shugart (comp), Presidentialism and Democracy in Latin America, Cambridge University Press,Cambridge.

Kenny, Michael, y Smith Martin J. (1997): " (Mis)understanding Blair",en Political Quarterly; Vol 68, N° 3, July- September.

Levitsky, Steven (1997):" Crisis, Party Adaptation, and Regime Stability in Argentina: The Case of Peronism, 1989 - 1995", paper presentado en Latin American Studies Association, Guadalajara, México, abril 17-19, 1997.

Machinea, José Luis (1997): " Se trata de encontrar una alternativa que tenga como eje ponerle un piso a la pobreza y un techo a la corrupción" en Escenarios Alternativos, N° 2, Primavera, Buenos Aires.

Mainwaring, Scott y Timothy Scully (1995): " Introduction: Party Systems in Latin America", en Building Democratic Institutions, Stanford University Press.

McGuire, James W. (1995): "Political Parties and Democracy in Argentina" en Building Democratic Institutions, Stanford University Press.

Mocca, Edgardo (1995): "La nueva oposición", en La Ciudad Futura, N° 43, Invierno, Buenos Aires.

Mocca, Edgardo (1996a): "Reflexiones para el debate en el Frepaso", mimeo.

Mocca, Edgardo (1996b): "Una fuerza para el gobierno de concertación", La Ciudad Futura, N° 46, Primavera - Verano, Buenos Aires.

Novaro, Marcos (1994a): Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina (1989 -1993); Ediciones Letra Buena, Buenos Aires

O'Donnell, Guillermo (1992): "¿Democracia delegativa?", en Cuadernos del CLAEH, N° 61, Montevideo.

O'Donnell, Guillermo (1995) : "Another Institutionalization", paper presentado a la conferencia Consolidating Third Wave Democracies: Trends and Challenges, Taipei, agosto de 1995.

Palermo, Vicente (1994): El menemismo, ¿perdurará? en Aníbal Iturrieta (comp): El pensamiento político argentino contemporáneo; Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires.

Palermo, Vicente, y Novaro, Marcos (1996): Política y poder en el gobierno de Menem, Editorial Norma, Buenos Aires.

Panebianco, Angelo (1990): Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos, Alianza, Madrid.

Paramio, Ludolfo (1993): "Consolidación democrática, desafección política y neoliberalismo"; en Cuadernos del CLAEH, N° 68, Montevideo.

Paramio, Ludolfo (1997): "La sociedad desconfiada (Incertidumbre social e ideología neoliberal del mercado puro)"; Cuadernos de marcha, febrero de 1997, Montevideo.

Pasquino, Gianfranco (1986): "Qualunquismo"; en Bobbio, Norberto, Matteucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco: Dicionário de Política; Editora Universidade de Brasilia, Brasilia.

Pasquino, Gianfranco (1992): "La nuova politica, Laterza, Bari.

Portantiero, Juan Carlos (1994): "Las nuevas mayorías", en La Ciudad Futura, N° 39, invierno, Buenos Aires.

Quiroga, Hugo y Osvaldo Iazzetta (1997): Hacia un nuevo consenso democrático. Conversaciones con la política, Homo Sapiens, Rosario.

Raimundi, Carlo (1997) : Punto y aparte. Aportes a la nueva agenda política argentina, Editora Tres, Buenos Aires.

Roberts Kenneth (1995): "Neoliberalism and the Transformation of the Populism in Latin América: The Peruvian Case", en World Politics, vol 48, Nº 1 oct 1995.

Schmitt, Carl (1987): El concepto de lo político; Alianza Universidad, Madrid.

Schumpeter, Joseph A. (1995) : Capitalismo, Socialismo y Democracia, Folio, Barcelona.

Smulovitz, Catalina (1995) : " El Poder Judicial en la nueva democracia argentina. El trabajo de un actor!", en Agora. Cuaderno de Estudios Políticos, Nº 2, Buenos Aires.

Stokes, Susan, Przeworski, Adam y Buendía Laredo, Jorge (1997) : "Opinion pública y reformas de mercado. Las limitaciones de la interpretación económica del voto", Desarrollo Económico, Nº 145, vol 37, abril - junio, Buenos Aires.

Tula, Jorge (1994) : " Entre los principios y la realidad", en La Ciudad Futura, Nº 39, invierno, Buenos Aires.

Weyland, Kurt. (1996) : " Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities", en Studies in Comparative International Development, Fall 1996, vol 31 nº 3.

Weyland, Kurt (1997): " Swallowing the bitter pill: Sources of popular support for neoliberal reform in Latin America"; Vanderbilt University, Department of Political Science.

DOCUMENTOS PARTIDARIOS.

"Crisis de la política, restricciones a la democracia y alternativas", PDP, marzo de 1994.

"Pautas para el esquema institucional del nuevo partido" julio de 1994.

"Los aprendizajes políticos de una década de democracia" febrero de 1995.

"Política y economía", febrero de 1995.

"Atreverse a cambiar. Por un nuevo contrato ciudadano, más inclusivo y más justo", marzo de 1995.

"Manos limpias y libres para gobernar", marzo de 1995.

"Un país para todos"; por Chacho Alvarez, abril de 1995.

"Para salir de la crisis", documento económico del FG, enero de 1996.

" El fortalecimiento de la alternativa", Mesa Nacional del Frepaso, agosto de 1996.

"El compromiso de la Alianza", octubre de 1997.

"Origen y evolución del Frepaso" , Fundación Carlos Auyero por Cristina Vanel, diciembre de 1997.

Ciclo de Debates--Uruguay en Asamblea. Banda Oriental 1998 Montevideo.